

## El estado brasileño en el siglo XIX y la "cuestión platina"

Wilma Peres Costa\*

El 15 de noviembre de 1889 caía la monarquía en el Brasil, en la base de una crisis de grandes dimensiones que afectaba todo el edificio del estado que se construyera a lo largo del siglo XIX bajo el amparo del unitarismo y de la monarquía. La *forma* asumida por la crisis en su ápice fue el golpe militar que proclamó la República, inaugurando el papel que las fuerzas armadas tendrían durante todo el régimen republicano. En aquel momento, un grupo de oficiales del ejército expresaba su descontento con las instituciones monárquicas, dando solución a resentimientos que se acumulaban desde la Guerra del Paraguay (1865-1870).

El mariscal Deodoro, que lideraba el golpe, no hablaba de regímenes políticos, sino de la cobranza de un tributo de sangre que el Imperio debía desde la guerra y del tratamiento que los políticos de la monarquía dispensaban a la institución militar.<sup>1</sup> El episodio representaba el momento más agudo de una secuencia de conflictos entre los militares y los políticos civiles, consagrada en la historiografía brasileña como "cuestión militar". Todos los oficiales participantes de los conflictos (Deodoro, Sena Madureira, Cunha Matos, Benjamín Constant y, en el último momento, Floriano Peixoto), eran veteranos y héroes de guerra.

Este trabajo procura discutir algunos aspectos de la relación entre la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay y la crisis del Imperio, particularmente en lo que se refiere a la intervención política de las fuerzas armadas. El contenido de esta relación merece reflexión porque, a pesar de las apariencias, no es evidente. Guerras externas han tenido, a lo largo de la historia, un papel decisivo para el destino de los regímenes que las emprenden. Pero comúnmente, las derrotas han sido asociadas a la caída de gobiernos y

---

\* Departamento de Política e Historia Económica. Instituto de Economía. Universidad de Campinas, Brasil.

1. Ver reproducción del diálogo en Silva, Hélio, 1889, *A República não esperou o amanhecer* (Río de Janeiro, 1972), Ed. Civilização Brasileira, p. 483.

de regímenes, así como las victorias tienden a fortalecer las situaciones políticas, pudiendo contribuir a la superación de crisis internas. Ejemplos conocidos son los de la guerra Franco-Prusiana, con resultados políticos opuestos en Francia y en Alemania, o contemporáneamente, la guerra en las Malvinas, con consecuencias también distintas en la Argentina y en Inglaterra.

Además, la relación entre la Guerra de la Triple Alianza y el descontento militar, que acabó por determinar la forma de la caída del Imperio, aunque reconocida en forma casi consensual en la historiografía, ha sido objeto de una gran controversia cuando se procura explorar el contenido de esa relación. Resumimos aquí, a título de encaminar la discusión, algunas de esas posiciones.

Joaquim Nabuco, tal vez el pensador brasileño que haya comprendido de forma más profunda las diversas dimensiones de la guerra, al punto de considerarla “el divisor de las aguas de la historia contemporánea”,<sup>2</sup> tiende a concentrar sus argumentos, en lo que respecta a sus efectos sobre la oficialidad militar, en la influencia platina sobre el campamento brasileño: propaganda del republicanismo, crítica de la esclavitud, fascinación por el desarrollo argentino. Por otro lado, enfatiza también la influencia que el elemento militar comenzó a tener en la sociedad, “por los nombres llamados legendarios, por las reivindicaciones de clase, teniendo al frente hombres que se dieran a conocer al ejército y se unieron entre sí por la camaradería de campaña”.<sup>3</sup> Además de esto, identifica una nueva predisposición militar, más crítica y más individualista atribuyendo esto a la preponderancia, desarrollada a lo largo de la campaña, de los elementos independientes y milicianos (voluntarios y guardias nacionales) sobre las fuerzas de línea. Tal preponderancia habría ayudado a minar las tradiciones de obediencia y disciplina en el interior del ejército.<sup>4</sup> La influencia del republicanismo platino, la sensibilización al problema de la esclavitud, la intensificación del *esprit de corps* y la decadencia de la disciplina por la contaminación del espíritu paisano parecen ser, por lo tanto, para Nabuco, los elementos principales para relacionar la guerra y la acción política de la oficialidad militar en los años subsiguientes.

Ya Oliveira Viana ve la cuestión bajo otro ángulo. El origen de la cuestión militar estaría en el análisis del descontento de los cuarteles por parte de los políticos civiles, fenómeno que, inaugurado en el Imperio, se tornaría recurrente en nuestra vida política. La Guerra del Paraguay, con el prestigio que confirió a las fuerzas armadas, marcaría el inicio de este proceso con los “cardenales” de los dos grandes partidos de la monarquía pasando a cortejar a los jefes militares con objetivos propios de la lucha por el poder —los liberales tenían Osório y después Pelotas; los conservadores Caxias y después

2. Joaquim Nabuco, *Um estadista do Imperio - Nabuco de Araújo, sua vida, suas opinioes, sua época*, Río de Janeiro, Ed. Garnier, s/d, vol. II, p. 189.

3. Nabuco, *Um estadista...*

4. Nabuco, *Um estadista*, pp. 289-290.

Deodoro—. El descontento en el medio militar también tenía su origen en la guerra, intensificando el *esprit de corps* y haciendo que el sentimiento de los sacrificios vividos pasasen a traducirse en una oposición en que los hombres de uniforme eran vistos, por sí mismos, como “puros”, “patriotas”, “abnegados”; en cuanto a los civiles, los “casacas”, pasaban a ser vistos como corruptos y desprovistos de sentimientos patrióticos. El elemento detonador de la confrontación, pues, sería dado por las peculiaridades de la psicología de los hombres de uniforme: la intransigencia en relación con un conjunto de valores como honra y coraje personal. Alcanzado por los civiles en esos valores, el militar tiende a reaccionar de forma extrema, volviéndose un elemento explosivo al penetrar en la atmósfera cargada de electricidad de nuestra lucha política.<sup>5</sup>

El estudioso norteamericano John Schulz, en exhaustivo trabajo sobre las fuerzas armadas en el Imperio,<sup>6</sup> localiza, a su vez, la raíz de la concientización política de las fuerzas de tierra en el período anterior a la guerra, en las reformas de la carrera y de la instrucción militar de mediados de siglo. Este proceso había contribuido a la formación de un núcleo de oficiales capaces de elaborar un diagnóstico sorprendentemente precoz de los problemas del país. Ya en los años 50, según la investigación desarrollada por Schulz, este núcleo pensante era capaz de comprender que la esclavitud y la elite agraria eran el principal obstáculo a la modernización y al progreso del país.

La oficialidad militar oriunda de la academia tendía, según Schulz, a desarrollar un agudo sentido crítico en relación con la elite intelectual bachilleresca, a la que llamaba peyorativamente “legistas” y se resentía, en cuanto elite emergente, de la subalternidad social en que eran colocados por la sociedad imperial.<sup>7</sup> La existencia de ese núcleo profesional y su destacado papel en la guerra permitió que la experiencia pudiese ser vivida en el sentido de profundizar la crítica a las instituciones del Imperio y de esclarecer los obstáculos a la modernización: la esclavitud, el poder de la elite agraria y la propia monarquía.

Basándose en parte en el estudio de Schulz, Sérgio Buarque de Holanda<sup>8</sup> elaboró una abarcativa interpretación de los fundamentos de la cuestión militar, analizando aspectos sociales, organizativos e ideológicos, que sería imposible sintetizar aquí, bajo pena de empobrecer su pensamiento. Alineando elementos para la discusión, mencionamos apenas que el centro de este análisis parece estar localizado en el profundo y creciente resentimiento experimentado por la oficialidad militar, frente a la subalternidad social en que estaba en la sociedad imperial. En parte, esta se encontraba como una dimensión más de la aversión aristocrática de la sociedad esclavista por las

5. F. J. Oliveira Viana, *O caso do Império* (San Pablo, 1925), Ed. Melhoramentos, pp. 131-147.

6. John Schulz, “The Brazilian Army and Politics 1850-1894”, (Princeton, 1973), tesis de doctorado, mimeo.

7. Schulz, “The Brazilian...”, p. 60.

8. Sérgio Buarque de Holanda, *Do Império á República, História Geral da Civilização Brasileira* (San Pablo, 1972), DIFEL, vol. 5, particularmente p. 289 y siguientes.

profesiones mecánicas o manuales, de las cuales el oficio militar se encuentra relativamente próximo.

Soportado, aunque penosamente, antes de la Guerra del Paraguay, el resentimiento se volvería más agudo después que la campaña exacerbara el orgullo de los militares. La propia guerra, entretanto, ofrecía elementos para la división interna del medio militar, estimulando la competencia entre los jefes y obstaculizando la acción política común. El elemento detonante de la cohesión de la clase no vendría, pues, para Sérgio Buarque de Holanda, de la guerra, sino de los años de paz que le siguieron:

“Para los militares brasileños, durante el Imperio, el enemigo fue prematuramente identificado con los grupos dominantes en la política nacional, que eran de preferencia los ‘legistas’. La cohesión, que de esta forma podría ganar la clase, fue obstaculizada por el hecho de no ser posible separar el descontento común de factores que la dividían, pues la misma autoridad civil que disgustaba a una de las partes, satisfacía a otra, de suerte que, si había ‘perseguidos’, es porque había favorecidos. La división puede sustentarse y hasta se acentuó de algún modo durante la Guerra del Paraguay, y aún después. Era inevitable, pues, que con el tiempo —y principalmente con la prolongada paz, externa e interna, que debería dar mayor preeminencia a la actividad civil o política, así como a los que la ejerciesen— la irritación ante el abandono a que ‘la clase’ en su conjunto se veía relegada, el sentimiento de que la desprestigiaban por sistema —en contraste con la aureola que la rodeara en los años de lucha—, ganase fácilmente el primer plano”.<sup>9</sup>

Nelson Werneck Sodré, a su vez, establece la conexión entre la Guerra del Paraguay y la creciente politización del ejército que a ella le siguió a través de la alteración, provocada por la guerra, en la estructura social del ejército.<sup>10</sup> La oficialidad mantenía y profundizaba, en los años de posguerra, una tendencia que se venía observando a lo largo del siglo XIX: era reclutada reiteradamente en la “camada libre, pero no propietaria (...) en la clase media que se esboza”.<sup>11</sup> La relación orgánica entre el ejército y la clase media, apropiada por Nelson Werneck Sodré, se basaba explícitamente en la célebre formulación, exhaustivamente citada, de Santiago Dantas:

“La clase media naciente, a la que se incorporan funcionarios y empleados, se va a cristalizar en torno de una nueva fuerza, que en ella irá a buscar toda su composición, esa fuerza es el Ejército Nacional. No sé ha dado, a mi entender, la relevancia debida a este hecho capital de nuestra

9: Holanda, *Do Império...*, p. 333.

10: Nelson Werneck Sodré, *A História militar do Brasil*, 3ª ed. (Rio de Janeiro, 1979), *Civilização Brasileira*, p. 138 y siguientes.

11. Sodré, *A História...*, p. 138.

historia: la identificación del Ejército con la clase media.(...) Si es verdad que entre nosotros la clase media no surge con la robusta estructuración económica, que le daría tanta influencia en el destino de otras sociedades, es también cierto que esa influencia surge compensada por la concentración de la fuerza política, que le sería proporcionada por el surgimiento de un verdadero poder nuevo: el poder militar (...). Fue a partir de la Guerra del Paraguay que el Ejército ganó, entre nosotros, la estabilidad y cohesión interna que constituiría, de aquí en adelante, el punto de mayor resistencia de nuestro organismo político. La monarquía agraria impregnada de civismo, no quiso o no supo captar la nueva fuerza, para la cual tampoco contribuyeron los hijos de la aristocracia productora de algodón, azúcar y café. En la clase media naciente es que el ejército va a escoger a sus oficiales, algunos que habían sido soldados, otros preparados desde 1874 en ese centro de estudios de la clase media, que sería, por oposición a las facultades jurídicas de la aristocracia agraria, la Escuela Militar."<sup>12</sup>

La transformación social más importante efectuada por la guerra en la estructura del ejército se había dado en la tropa, como apunta Werneck Sodré.<sup>13</sup> A través de las diversas formas de reclutamiento desarrolladas durante la guerra, el ejército, cuyos efectivos eran entonces exiguos, se abrió a diferentes camadas de la población, mayoritariamente hacia los sectores populares y para gran número de libertos.

Del contacto desarrollado durante la guerra entre la oficialidad, reclutada mayoritariamente en la clase media, y la tropa representativa de las camadas subalternas de la población, emergería, en los años subsiguientes, un ejército sensible a las demandas populares y a las banderas progresistas como la abolición y la república. El origen de clase de la oficialidad y la intensificación de la permeabilidad entre ella y las camadas populares y, particularmente, los ex esclavos, durante la guerra, serían los principales factores para explicar la inserción política de los militares en los años que antecedieron a la República y el papel decisivo por ellos asumido en aquellos acontecimientos.<sup>14</sup>

No es nuestro objetivo discutir cada una de esas interpretaciones. Al contrario, ellas están sumariamente expuestas, no sólo con el objetivo de ilustrar la controversia alrededor de la relación entre la guerra y la inserción política de los militares en los acontecimientos que llevaron a la República, sino porque todas ellas señalan elementos de gran relevancia para entender la actuación política de la oficialidad militar en la crisis del Imperio.

La idea es articular algunos de esos elementos en el interior de un esquema interpretativo que sea capaz de buscar la relación entre la guerra y la crisis del Imperio, *procurando la especificidad de la inserción político-social de la*

---

12. Santiago Dantas, *Dois Momentos de Rui Barbosa* (Río de Janeiro, 1949), Fundação Casa de Rui Barbosa, 1949, p. 18.

13. Sodré, *A História...*, p. 143.

14. Sodré, *A História...*, p. 153.

*institución armada*. En otras palabras, no se trata de negar la permeabilidad de las fuerzas armadas imperiales a las influencias de los diferentes grupos sociales, como aquellos que, en razón del esfuerzo de guerra, pasaron a integrarlas —como las agremiaciones políticas que procuraban instrumentar descontentos y rivalidades en el interior de la institución—, con objetivos propios de la lucha por el poder. Nuestro punto de vista es que a despecho de esa permeabilidad, la acción política de los militares no puede ser reducida a ningún otro grupo o institución. A la inversa, es a partir de la inserción específica en que se encontraban y de las demandas que de aquí emergían, que se puede pensar en las vías de aproximación entre los militares y otros segmentos de la sociedad desarrollando antagonismos con el orden imperial, en el largo proceso de enfermedad que caracterizó las dos décadas finales de la monarquía.

El doble movimiento —pensar históricamente la especificidad y las condiciones coyunturales de aproximación— se hace necesario tanto para evitar el equívoco de reducir la acción política de los militares a un efecto pasivo de la manipulación de otras fuerzas sociales, como la tentación de elaborar supra-históricamente modelos o teorías generales de la intención militar capaces de enlazar las múltiples intervenciones de las fuerzas armadas en nuestra historia política, y que se inician con la proclamación de la República.<sup>15</sup>

Sin profundizar desdoblamientos que no cabrían en el espacio y en la naturaleza de este artículo, procuramos desarrollar una reflexión que permita comprender la especificidad de las fuerzas armadas en el Imperio en relación con el estado y la sociedad. Por otro lado, intentamos también comprender el significado de la Guerra de la Triple Alianza en el interior de la historia militar del Imperio y del conflicto platino, para que se pueda avanzar en la dirección propuesta.

A nuestro entender, la naturaleza de la oposición entre las fuerzas armadas y el orden imperial y su relación con la Guerra de la Triple Alianza gana sentido, si esta última fuera pensada como momento privilegiado de la superación de contradicciones que se enraizaban más bien lejos; en la manera como el orden esclavista marcó entre nosotros los procesos correlativos de construcción del estado nacional, de la formación de las fuerzas armadas profesionales y de la definición de los enemigos externos.<sup>16</sup>

Así, la indagación sobre los fundamentos de la Cuestión Militar y de su relación con la Guerra de la Triple Alianza, nos conducen a la prolongación del propio significado de la expresión *Cuestión Militar*. Pero además del sentido estricto con la cual fue acuñada —la serie de conflictos que opuso el ejército y los últimos gabinetes de la monarquía—, llegamos a pensar en la

15. Para una crítica de los “modelos de intervención”, véase Quartim de Moraes, J.C.K. “Alfred Stepan e o mito do Poder Moderador”, en *Revista de Filosofia Política*, Nº 2, UFRGS/UNICAMP, Porto Alegre/Campinas, 1985.

16. Para una visión más profunda véase Costa, Wilma Peres, “A Espada de Dámocles. O Exército e a crise do Império”, tesis de doctorado, FFLCH, USP, 1990, mimeo.

Cuestión Militar como una *dimensión estructural* de la crisis del estado imperial.

Esta comprensión nos fue sugerida a partir de cuestiones colocadas tanto en el plano teórico como en el de la experiencia histórica de la formación del estado moderno en Europa, que es necesario explicitar aquí, aunque de forma sintética.

La célebre formulación weberiana que define el estado por el "monopolio de la violencia legítima", nos suscitó indagaciones en lo relativo a los procesos que conducen tanto a la *constitución* de este monopolio como a su *legitimación*. Al pensar estos fenómenos como procesos, esto es, pensarlos históricamente, surge la necesidad de incorporar la contribución decisiva de la tradición marxista a la teoría del estado: la proyección histórica del poder hacia afuera de la sociedad no hace del estado un elemento externo al orden social. Su existencia se basa en la eficacia de la institución estatal para mantener y reproducir relaciones de dominación presentes en la sociedad, en cuanto ellas sobrepasan, por su complejidad, la capacidad de los agentes privados en conservarlas en el interior de su propia esfera.<sup>17</sup> Entre otros factores, la existencia del estado se hace necesaria para contener amenazas al sistema de dominación, que pueden provenir no sólo de las camadas subalternas sino también de los conflictos en el interior de las camadas dominantes y que las debilitan en el enfrentamiento con las primeras.<sup>18</sup> En otras palabras, si el proceso de construcción del estado se desarrolla a través de una dinámica extractiva, retirando poderes y atribuciones de individuos y grupos privados, en la esfera fiscal, jurídica y militar, provocando, de parte de éstos, pérdida material e inmediata de poder, esa extracción puede ser soportada y, al cabo, legitimada, por la necesidad histórica de un poder que viabilice la propia continuidad y expansión de la dominación en sus dimensiones verticales y horizontales (el arbitraje de conflictos en el interior de las camadas dominantes).

Se trata de un proceso que envuelve profundas resistencias porque, en la dimensión que nos interesa más de cerca —la constitución del monopolio de la violencia en la esfera del estado—, significa el desarme de la sociedad, como se dio en la experiencia europea, en la larga lucha desarrollada por el estado moderno en su forma clásica, la monarquía absoluta, para quebrar el particularismo militar feudal.<sup>19</sup> En aquella experiencia, entretanto, las pérdidas inmediatas se compensaron por las ganancias que la clase que se desarmaba —la aristocracia señorial—, obtenía a través de los ejércitos

17. Friedrich Engels, *A origem da Família, da Propriedade e do Estado*, (Lisboa) s/d, Ed. Presença, p. 225.

18. En la tradición marxista esos aspectos fueron profundizados particularmente por Antonio Gramsci, en innumerables puntos de su obra. Véase, apenas a título de ejemplo, *Maquiavel, a Política e o Estado Moderno* (Río de Janeiro, 1968), Ed. Civilização Brasileira, p. 54 y siguientes.

19. Perry Anderson, *Linhagens do Estado Absolutista* (San Pablo, 1985), Ed. Brasiliense, p. 5 y siguientes.

profesionales, en la represión de la rebeldía campesina, en el marco del deterioro de las relaciones serviles. Vaciada de uno de los fundamentos de su privilegio en el orden feudal —el ejercicio privado de la guerra—, la aristocracia señorial, transformada ahora en nobleza real, contribuyó con sus cuadros a la oficialidad de los ejércitos permanentes de la monarquía absoluta, imprimiéndole una forma aristocrática que sólo la revolución burguesa vendría a debilitar definitivamente.

No hay cuestión militar en la monarquía absoluta porque la organicidad que une el estado a la sociedad a través del ejército se realiza en el propio origen aristocrático de las camadas superiores de la oficialidad y, por lo tanto, en la congruencia entre la jerarquía militar y la jerarquía de la sociedad global.<sup>20</sup> El mismo raciocinio de pérdidas y ganancias y de cooptación de cuadros en el interior del funcionalismo del estado, puede ser hecho para los otros segmentos sociales, como el clero y la burguesía emergente, que también sufrieron el proceso extractivo del estado absolutista, en las diferentes esferas en que él actuó, particularmente en la fiscal y en la jurídica. Es precisamente del equilibrio entre fuerzas en conflicto que el estado absolutista extrajo la energía capaz de concentrar poderes dispersos, así como la eficacia en asegurar el orden (por la represión y por la mediación) en un marco socialmente perturbado por las revueltas populares, rural y urbana, por las luchas en el interior de las clases sociales dominantes, particularmente entre la burguesía y la nobleza.<sup>21</sup>

Si mantenemos esta reflexión como referencia, el proceso de construcción del estado nacional en el Brasil revela toda su peculiaridad. Aunque monárquico, y más que monárquico, imperial, el estado que aquí se formó a partir de las luchas por la independencia, desarrolló sus impulsos extractivos por sobre un orden privado distinto de aquel que formó la base del estado moderno en Europa. Aquí la formación del estado se hizo manteniendo y reiterando la esclavitud, forma específica de privatismo, en la cual la conservación de una esfera privada de ejercicio de la violencia, es presupuesto y condición de existencia y mantenimiento.

En las formaciones históricas que emergieron de un pasado colonial, el estado no es una elección, pero sí un dato ineludible, que viene, en parte, de ese propio pasado, pues nacieron como criaturas de un estado —el metropolitano— que organizó un sistema de administración, defensa, fisco, etc., formando el punto de partida de las organizaciones estatales que emergieron con la independencia política. Más que “herencias”, esos elementos de organización estatal, se volvieron indispensables para proyectar el futuro de las nuevas naciones que surgen históricamente en el interior de un sistema

---

20. Véase Samuel P. Huntington, *The soldier and the State—the theory and politics of civilian-military relations* (Nueva York, 1964), Vintage Books, pp. 19-58.

21. R. Mousnier, “As novas estruturas do Estado”, en M. Crouzet (org.) *História Geral das Civilizações* (San Pablo, 1967), DIFEL, vol. 1, tomo IV.

mundial de estados y cuyo destino dependerá, en gran parte, de la capacidad de sus elites en organizar de forma estable el orden político y social.<sup>22</sup>

En el caso del Brasil, donde se mantiene y se reitera, la economía mercantil exportadora de base esclavista en el proceso independentista, es evidente la necesidad del estado para viabilizar ambas facetas (exportadora y esclavista) en el orden que se esbozaba.<sup>23</sup>

En lo que se refiere específicamente al orden esclavista, es evidente también que el señorío precisaba del estado para mantener la esclavitud. Esa necesidad, sin embargo, se asentaba mucho más en el papel de la monarquía en mantener el tráfico de esclavos y, posteriormente la legalidad de la institución en el orden jurídico, que en la conservación de la dominación en sí misma, que sólo puede ser directa, fundada en la autoridad del señor y en pequeños ejércitos de hombres libres permanentemente a su servicio. La esclavitud, por lo tanto, produjo impulsos contradictorios en relación con las tareas necesarias a la constitución del estado. Favoreció, por un lado, la unidad y la monarquía, al crear un poderoso "interés común" capaz de conducir el proceso de independencia en dirección a la formación de un centro político con jurisdicción sobre el conjunto del territorio y "biombo" externo para la mantención del tráfico, ya internacionalmente condenado en el segundo cuarto del siglo XIX.<sup>24</sup> La permanencia de la esclavitud, por otro lado es un poderoso obstáculo para que el estado realice su naturaleza, porque insta un orden que, fundado en la violencia privada, resiste reiteradamente al desarme y a la constitución del monopolio de la violencia por el poder central.

En otras palabras, si en la experiencia europea, el desarme de la aristocracia señorial y el armamento del estado es una estrategia para preservar una dominación que la primera ya no podía ejercer directamente, en el Brasil, donde se intenta la construcción del estado nacional preservando la esclavitud, el señorío necesita mantener los instrumentos de coerción bajo su control directo o indirecto como condición de preservación de las relaciones esclavistas.

La resistencia al proceso extractivo, por el temor de los daños inevitables que la movilización armada causaría al orden esclavista, se manifiesta desde el inicio, en las estrategias que posibilitarán una independencia sin confrontación armada prolongada y en su viabilización a través de la "solución monárquica", diseñando una trayectoria distinta de las naciones hispano-americanas, donde las guerras de independencia, embriones de futuros ejércitos nacionales, tuvieron un efecto corrosivo sobre la esclavitud.<sup>25</sup> Ella se

22. Celso Furtado, *Formação Económica da América Latina* (Río de Janeiro, 1969), Zaha. cap. 3; Halperin Donghi, Tulio, *História da América Latina* (Río de Janeiro, 1975), Paz e Terra, particularmente los tres primeros capítulos.

23. Florestan Fernandes, *A Revolução Burguesa no Brasil* (Río de Janeiro, 1975), Zahar, cap.2.

24. Luis Felipe Alencastro, "Le commerce des vivants, traite d'esclaves et 'pax luzitana' dans l'Atlantique sud" (París, 1985-86), tesis de doctorado, mimeo. Particularmente el ítem 2 del cap. VIII y el cap. IX.

25. Las reflexiones que siguen están desarrolladas en Costa, *A Espada...*, cap. I.

manifestó nuevamente cuando el estado en formación procuró formas autónomas de crear una fuerza armada a través de la contratación de mercenarios extranjeros, en la férrea oposición a la política militar del primer emperador. En 1831, en el mismo movimiento en que se completaba la política dinámica de la independencia con la nacionalización del aparato del estado, se desmovilizaba virtualmente el segmento nacional del ejército de línea, creándose una fuerza alternativa, la Guardia Nacional, bajo control privado. La dinámica contradicción de este proceso revela las ambigüedades de este señorío y su horizonte político limitado y provincial: el impulso de retirar de las manos del estado los medios de coerción se acompañaba de otros, en el campo jurídico-institucional, en el sentido de ampliar las franquicias provinciales en detrimento del poder central (Acto Adicional) y del poder local (Código de Proceso).

En una trayectoria distinta de las naciones hispano-americanas que enfrentaron guerras prolongadas de independencia, aquí el proceso de emancipación no fue *formador* del ejército, sino *destructor* de la fuerza de línea colonial en dos movimientos sucesivos: contenciones verticales que opusieron a las fuerzas leales a D. Pedro las fuerzas leales a la metrópoli, y contenciones horizontales que opusieron la parte nacional de la oficialidad y de la tropa a la oficialidad portuguesa que se apoyaba en el príncipe y redundaron en la revolución de "pueblo y tropa" del 7 de abril.

El impulso que determinó la reorganización del ejército en las décadas del 40 y 50, veta nutricia en la base del movimiento de reiteración de la monarquía y del esfuerzo de recuperación de los instrumentos de poder perdidos durante la regencia; fue un movimiento que, como se sabe, expresaba la visión de poder de un segmento del señorío, ligado a la producción cafetalera de Río de Janeiro, núcleo del Partido Conservador, o "Saquarema". Como es natural, el impulso venía del estado en un contexto de combate a las rebeliones regenciales, cuando los conflictos intra-oligárquicos y las fuerzas centrifugas, por un lado, y las manifestaciones populares, por otro, amenazaban el orden y la integridad del estado. El estaba destinado, entretanto, a ser frenado por la persistencia del orden esclavista, en cuanto movimiento en dirección a la monopolización de la violencia, en varias dimensiones.

\* por el estrechamiento de la base de reclutamiento, una vez que el esclavo, por definición, no es reclutable;

\* por el drenaje continuo hacia la esfera de la coerción privada, de grandes contingentes de hombres libres necesarios para el mantenimiento del orden en el interior de las haciendas;

\* por la manutención de una fuerza de carácter patrimonial, la Guardia Nacional que, aunque reformada para adecuarse al nuevo orden, permaneció bajo control de los agentes privados, maniobrados a partir de aquí por las máquinas partidarias, pero permaneciendo como impedimento para la concentración de los medios de coerción en la esfera del estado;

\* por el no desarrollo, en el señorío esclavista, de vocaciones militares que posibilitasen la contribución directa de los grandes señores y de sus familiares al ejército de línea, puesto que la dominación esclavista exige la presencia

concreta de la autoridad del señor y de sus auxiliares y las formas de apropiación de la tierra no creaban aquellas camadas empobrecidas de la aristocracia latifundista que siempre produjeron cuadros para la oficialidad de los ejércitos aristocráticos.

Estos obstáculos no impidieron que aquí se formase un ejército profesional, cuya necesidad emergió tanto de los desafíos externos como de la urgencia en cohibir las fuerzas centrifugas y las amenazas al orden que emergieron durante las rebeliones regenciales y los primeros años de la emancipación. Impedían, además, que el ejército que se reorganizaba fuese un instrumento de monopolización de la violencia, al exigir la manutención de la sociedad militarizada, particularmente a través de la Guardia Nacional. Las resistencias del orden esclavista marcaban, pues, los procesos correlativos de la construcción del estado y del ejército profesional de varias maneras. En primer lugar, produciendo una *disociación* entre dimensiones, que, en el modelo europeo, se desarrollaron como partes de un único movimiento. Es probable que se encuentre aquí la raíz más profunda de una ideología militar que, en lugar de ver la institución armada como criatura del estado, tiende, al revés, a ver el estado como criatura suya, en una extraña externalidad, cuyos perjudiciales desdoblamientos todavía hoy se hacen sentir. En segundo lugar, las resistencias del orden esclavista a la concentración del poder armado en la esfera del estado imprimía, al estado imperial, *límites* y peculiaridades en la formación del ejército. El límite más importante se verificaría en los crónicos e insolubles problemas de reclutamiento de la tropa que el ejército sufriría en cuanto persistiese el orden esclavista. La peculiaridad más evidente sería que, aunque parte integrante de una sociedad de cuño acentuadamente elitista, la oficialidad militar sería mayoritariamente reclutada en fuentes extrañas a las clases sociales dominantes.

Paradójicamente, la misma determinación que apartaba las clases dominantes de la carrera militar (la esclavitud y el proceso de constitución de la gran propiedad territorial) impulsaba hacia ella a las capas medias, como una de las pocas carreras socialmente dignas en el interior de un orden que estigmatizaba las actividades manuales y limitaba el desarrollo de profesiones típicas de los sectores medios. Es un movimiento similar al que se operaba en varias ramas del servicio público, meta de los hombres libres no propietarios en el orden esclavista. De esta forma, la carrera militar era valorizada a los ojos de la clase media y la oficialidad tendía a ser particularmente sensible al estigma que le llegaba, como enfatizó Sérgio Buarque de Holanda.

La diferencia de la oficialidad militar con relación a otras ramas del servicio público se encuentra en la propia naturaleza de la institución. Por ser permanente y requerir modelos mínimos de eficiencia, ella no podía tener sus cuadros sujetos a los derrumbes que caracterizaban las alternativas políticas en las otras esferas del servicio público. Por ser jerárquico, tendía a construir su jerarquía en base a criterios que no podían ser los de la sociedad global (señores y esclavos) con normas de acceso y progresión basadas en criterios mínimamente objetivos (antigüedad, mérito, cursos). En otras palabras, el proceso de burocratización tendía a ser más rápido en la carrera militar que

en otras ramas del servicio público,<sup>26</sup> aunque no eliminase la interferencia política y las relaciones de patronato en el interior de la carrera, particularmente en los grados superiores de la jerarquía. Promovía, entretanto, una relación tensa entre los dos principios que Schulz supo tan bien analizar, ya en las primeras promociones de oficiales oriundos de las reformas de la enseñanza militar en la década del 50, en la forma de un sordo resentimiento contra los “bachilleres” y los “casacas”, y de inconformismo con la subalternidad social agudizada por un proceso educacional que ampliaba la conciencia sobre los problemas del país y el horizonte crítico —en suma, la emergencia de una contra-élite—. Por otro lado, si el señorío esclavista no pudo evitar la profesionalización de un sector de capacidad armada de la nación, aunque le negase reiteradamente la condición de instrumento de monopolización de la violencia, la cuestión del control sobre la fuerza armada profesional tendía a valerse de los instrumentos tradicionales de que disponía: la atracción de los cuadros que se destacaban para la militancia política-partidaria y el premio de la concesión de título de nobleza. Se procuraba, así, neutralizar la fuerza armada, politizándola y estimulando la rivalidad entre oficiales superiores.

De esta manera, la politización de los militares no era una excrecencia del sistema, ni un fenómeno posterior a la Guerra de la Triple Alianza, sino un *elemento constitutivo* de la manera cómo el orden esclavista se relacionó con la fuerza armada profesional. La novedad, a partir de los años 70, no fue la politización en sí misma, sino la forma que progresivamente asumió esa politización: la de cohesión institucional por sobre las contenciones político-partidarias, o sea, la implosión de la forma tradicional de relacionamiento entre el ejército y las instituciones políticas. Este sí puede ser considerado un efecto de la Guerra de la Triple Alianza, no sólo porque la guerra acentuó el *esprit de corps* y el sentimiento de identidad de la fuerza armada profesional, fenómeno que, además, puede ser considerado común a todas las guerras, sino por causa de la naturaleza particular de esta guerra, de su dinámica y sus desdoblamientos en el interior de un núcleo profesional, ya pensado por Huntington, quien lo describió como *military mind*.<sup>27</sup> O sea, la capacidad de interpretar los acontecimientos de la guerra y de la vida política a partir de su inserción particular en el estado y en la sociedad. En un estado que se forma bajo los impulsos contradictorios del orden esclavista, la cuestión militar es estructural por sus contradicciones internas, es *constitutiva*. La constitución de fuerzas armadas profesionales, como instrumento de monopolización de la violencia por el estado, encuentra obstáculos que, si no impiden su existencia en cuanto parte de un conjunto heterogéneo de fuerzas armadas bajo el control privado, impiden su desarrollo en la dirección de aquel monopolio y tornan su inserción altamente problemática en el estado y en el orden social.

26. Décio A. M. de Saes, *A Formação do Estado Burguês no Brasil 1889-1891* (Río de Janeiro, 1985), Paz e Terra, pp. 176-178.

27. Sobre el concepto de “military mind” véase Huntington, *The soldier...*, pp. 56-59.

Desde otro punto de vista, y con significado diferente, la Cuestión Militar puede también ser considerada como dimensión estructural del estado imperial. Tanto el orden esclavista como la forma política que viabilizó históricamente su preservación, la monarquía, conducen a despecho de las dificultades del estado para armarse adecuadamente, a una convivencia conflictiva en el interior del continente, a partir del momento en que las trayectorias de construcción de los diversos estados nacionales asumieron caminos divergentes en las Américas española y portuguesa. El conflicto tendía a desarrollarse en la región platina no sólo por causa de los conflictos heredados del pasado colonial, sino porque en esa región, sistemas políticos y sociales antagonicos (la república y la monarquía; el trabajo libre y la esclavitud) se confinaban en fronteras vivas, abiertas y no delimitadas. Al surgir a una vida independiente preservando la esclavitud y la monarquía y reinventando el pasado colonial en la forma de defensa intransigente de un derecho sobre el conjunto del territorio heredado, el Brasil no podría desarrollar una convivencia pacífica con las naciones platinas que emergían como repúblicas de trabajo libre. La monarquía entre repúblicas tenía que ser un imperio, aunque no alimentase ambiciones de expansión territorial, porque tendía a encarar como amenazas a su *seguridad interna*, a la seguridad de sus instituciones, la turbulencia política que caracterizó el proceso de formación de los estados nacionales en la región platina. Procuramos analizar las líneas generales de esta oposición en otro trabajo,<sup>28</sup> enfatizando los determinantes que hicieron que el Imperio temiese permanentemente los movimientos que pudiesen, en aquellos estados, desdoblarse en dirección a la integración de la Mesopotamia platina. El veto del Imperio a esa integración se manifestó principalmente contra la forma más expresiva asumida por ese proyecto hasta mediados del siglo XIX (la de los esfuerzos por la reconstitución bajo el amparo de la República Argentina del territorio, que en tiempos coloniales, formara el Virreinato del Río de la Plata), pero no exclusivamente. También se extendió a las tentativas provenientes de la Banda Oriental del Uruguay en aproximarse a los entrerrianos y correntinos y, sobre todo, a la forma más amenazadora que el proyecto adquirió a través de la alianza intentada por López, con el secesionismo correntino y entrerriano y los *blancos* uruguayos.

Los temores del Imperio, que lo llevaron a una política externa permanentemente intervencionista, provenían de varias raíces, algunas de ellas remontan al período colonial, cuando la región sur del continente, particularmente la que compone hoy el Uruguay y la porción meridional del Brasil, fue disputada por ambas metrópolis. En la Cuenca del Plata se estableció, también, en tiempos coloniales, una frontera viva entre formas diferentes de colonización y organización social: la española, la portuguesa y la jesuítica, en permanente conflicto a partir de la segunda mitad del siglo XVI. En razón del conflicto y subordinada a consideraciones estratégicas y militares es que la metrópoli portuguesa promovió una forma de poblamiento y de organización

---

28. Costa, *A Espada...*, caps. II y III.

social en el extremo sur del Brasil, que le dio peculiaridad a la región con relación a las demás áreas de producción colonial y la hizo similar a las del adversario, a cuya semejanza, en cierta forma fue creada: la pecuaria primitiva que favorecía la disponibilidad para la guerra permanente y de la que extraía beneficios económicos y simbólicos.

Fue en los cuadros del proceso de formación de los estados nacionales en la región, que estos elementos se articularon en la forma de una permanente amenaza al estado imperial, acentuando en sus instituciones el carácter imperial de la monarquía brasileña. Este carácter se manifestaba, en primer lugar, porque los movimientos políticos que se desarrollaban en los estados vecinos, tanto en el sentido de la reunificación del Virreinato del Río de la Plata, como en el de la integración de parte de la Mesopotamia platina, envolvían pleitos de revisión de las fronteras que el Imperio reivindicaba como suyas, sobre la base del *uti possidetis*, base intocable de toda la jurisprudencia con que consiguió garantizar el estado naciente la integridad territorial de la América portuguesa. Por otro lado, ya sea como colonia, ya sea como sede del Imperio portugués, ya como estado monárquico independiente, se volvía imposible evitar la permeabilidad del "mundo *gaúcho*" a las ideas y movimientos provenientes del Plata, a partir del momento en que se inició en aquella región la revolución independentista y que esa revolución tomó los rumbos de la opción republicana.

Al emerger a la vida independiente preservando la monarquía y la esclavitud y defendiendo intransigentemente la integridad del territorio que entendía suyo, el Imperio dependía, hasta la Guerra de la Triple Alianza, de una fuerza de carácter miliciano que hacía la guerra de estado, cuando los intereses locales coincidían con los de la corte, aunque también podía hacer la guerra contra el estado, por la secesión y por la República, cuando los intereses estuvieran en conflicto. El perenne temor de los estadistas del Imperio de la "contaminación" del mundo *gaúcho* brasileño por el caudillismo platino era un efecto perverso de la convivencia de sistemas políticos antagónicos (la monarquía y la república) dentro de fronteras vivas. El tendía a agravarse en una región cuya integración económica en el conjunto de la economía mercantil esclavista siempre fue problemática, y donde la esclavitud, aunque presente, no configuraba un sistema como en la *plantation* exportadora y, por lo tanto, no tenía la misma fuerza cohesiva que cohibía los impulsos centrífugos en las regiones de *plantation*. Paradójicamente, en la milicia *gaúcha*, la misma determinación que permitía el desarrollo de vocaciones militares (el hecho de la esclavitud no configura un sistema), debilitaba los lazos de la provincia con el centro político. Aunque esa fuerza de carácter miliciano y semi-privado fuese, hasta 1865, el nervio militar del Imperio para la defensa de sus fronteras, ella también era su "talón de Aquiles", por donde podían penetrar los intereses de los estados rivales, menos por la fuerza de las armas que por la explotación del secesionismo y la propaganda republicana.

Por estas múltiples determinaciones, la belicosidad de la monarquía entre repúblicas era endémica y hacía depender la seguridad de las instituciones del Imperio de la reiterada negación a las naciones vecinas con las cuales poseía

fronteras vivas, con el mismo derecho que, furiosamente, defendía para sí misma la “reinención de sus respectivos pasados coloniales ya sea sobre la base de identidades culturales heredadas o en formación (la de “la pampa”, la de la cultura guaraní, o la de la formación jesuítica)”.

La contradicción orgánica del estado imperial, por lo tanto, es lo que torna la Cuestión Militar a una doble dimensión aquí analizada: la de ser un estado que no puede desarrollar fuerzas armadas profesionales para defender sus intereses últimos y, al mismo tiempo, que sólo puede existir en cuanto *imperio*, esto es, predestinado a una belicosidad crónica.

La contradicción estuvo oculta porque en todas las guerras anteriores a la de la Triple Alianza, el Imperio enfrentó adversarios cuyas fuerzas eran técnicamente del mismo tipo que las suyas: fuerzas milicianas comandadas por caudillos y donde se podía obtener un equilibrio favorable al Imperio, por sus recursos superiores, por la coordinación de las fuerzas de línea y por la marina de guerra y, ante todo, por la alianza con una de las fracciones perpetuamente en lucha en el campo adversario. Ellas tenían profundas repercusiones sobre las instituciones y la dinámica de la política interna. El resultado adverso en 1828, con la pérdida de la Provincia Cisplatina, se asoció, en gran parte, a la caída del primer emperador, haciendo que de ahí en adelante, el Uruguay se volviese el epicentro del conflicto que tenía en la República Argentina el adversario principal.

Entre 1835 y 1845, período en que el Imperio no pudo contar con la lealtad de la milicia *gaúcha*, en razón de la Revolución de los Farrapos, se vio impotente para intervenir en la turbulencia platina y vivió una década crítica, sufriendo la explotación del secesionismo riograndense por las diferentes facciones en lucha en Argentina y Uruguay. A su vez, las victorias sobre Oribe y Rosas, a mediados del siglo soldaron la lealtad de la milicia *gaúcha* y viabilizaron la reiteración y consolidación de las instituciones monárquicas. En el campo ideológico, las batallas se trababan —en la forma que el Imperio buscaba presentarlas— entre la superioridad de las instituciones monárquicas, representantes de la civilización y de la unidad, y la república, presentada en América como barbarie, secesión y caudillismo, fosa común a que eran arrojados todos los adversarios del Imperio, desde Artigas a Oribe y Rosas. En tanto, los aliados del Imperio eran presentados como patriotas en lucha contra la tiranía, como Urquiza y, más tarde, Flores.

La Guerra de la Triple Alianza, a partir de estas reflexiones, asume todo su significado en la historia militar del Imperio, en cuanto en ese momento la contradicción del estado imperial surge en sus múltiples dimensiones.<sup>29</sup>

Este efecto, el de desnudar las contradicciones del estado imperial y demarcar su crisis, adviene de aquello que diferenciaba, como adversario, al Paraguay de López de todos los otros anteriormente enfrentados por el Imperio: un ejército de conscripción universal cohesionado en torno de su líder. La emergencia de un estado que procuraba afirmarse en el escenario turbu-

29. Costa, A *Espada...*, caps. V y VI.

lento del Plata sin las fragilidades que caracterizaban a los adversarios anteriormente enfrentados, o sea, la fase *moderna* del fenómeno paraguayo, es lo que determinó el efecto corrosivo de la Guerra de la Triple Alianza sobre las instituciones del Imperio, aunque, en el campo simbólico, fuese siempre la fase *arcaica* del enemigo lo que el Imperio procuraba resaltar —el fanatismo de una población primitiva y la tiranía innominable de su líder—. La cohesión en torno de su liderazgo y la naturaleza de su ejército es lo que permitieron a López explotar, para sus propósitos, las fragilidades de sus adversarios: el caudillismo uruguayo, el secesionismo argentino, el esclavismo brasileño y los conflictos de fronteras que concernían a todos. Es verdad que estos factores fueron insuficientes para darle la victoria. Por otro lado, también es cierto que la monarquía, aunque victoriosa, no pudo capitalizar el resultado para fortalecer sus propias instituciones, como en las guerras platinas anteriores. La solución de esta aparente paradoja —la de un régimen que entra en crisis a partir de una guerra en que fue victorioso— se encuentra en la percepción de que la Guerra de la Triple Alianza propiciaba el desnudamiento de las contradicciones internas del estado imperial, y ese efecto era, hasta cierto punto, independiente de su resultado.

Por un lado, la Guerra de la Triple Alianza y los nuevos desafíos que ella trajo al Imperio, constituían el momento más agudo y sangriento de un conflicto regional crónico —la cuestión platina—, en el cual la monarquía entre repúblicas estaba predestinada a ser un elemento potenciador de las discordias, en cuanto hiciese depender su seguridad interna del resultado de los conflictos del mundo platino.

En este conflicto, además, el Imperio fue forzado, bajo pena de no poder enfrentar al adversario paraguayo, a aliarse con su tradicional enemigo en el escenario platino, la República Argentina. Se neutralizaba, así, por el carácter fundamental que la Triple Alianza pasó a tener para el resultado de la guerra, la posibilidad de explotarla ideológicamente en favor del régimen monárquico. La ecuación no podía ser más la de monarquía-orden-estabilidad-civilización versus república-anarquía-caudillismo-barbarie. Se procuró construirla en torno de la libertad-civilización versus tiranía-barbarie, pero esa ecuación era también peligrosa para el prestigio del Imperio, porque exponía su llaga interna (la esclavitud) no sólo frente a su adversario, sino también frente a los propios aliados y a la oposición externa e interna.

Si la guerra fue un momento privilegiado de explícitas contradicciones que se encontraban latentes, era la oficialidad del ejército de línea el que se encontraba en el vértice de esa contradicción: la de un estado que no podía armarse adecuadamente aunque estuviese predestinado a una belicosidad crónica. Es, pues, en el núcleo profesional del ejército que la Guerra de la Triple Alianza tendría sus efectos más profundos con importantes desdoblamientos para la crítica del orden político y social del Imperio que se desarrollaría en las dos décadas posteriores. Sobre ellos recaían las mayores responsabilidades en la conducción de la guerra, aunque no siempre las glorias, disputadas por la milicia y por la mistificación de los "voluntarios de la patria". Eran, más que cualquier otro grupo, aptos para apreciar el contraste entre el desafío a

enfrentar y la absoluta falta de preparación militar del Imperio para la guerra moderna. Al fin del conflicto, más allá de las conmemoraciones de una victoria, cuyos costos y dificultades ellos podían apreciar más que otros segmentos, se acrecentó la conciencia de las deficiencias de la estructura militar del Imperio, de la vulnerabilidad de sus defensas y de las heridas políticas a que ambas estaban asociadas. Esta ventaja se hacía presente no sólo por su inserción, en cuanto profesionales de la guerra, sino también por la formación profesional anterior, tanto la adquirida directamente de la experiencia en otras guerras platinas, como, principalmente, la obtenida en los bancos de la Academia Militar y que se condensaba y se enriquecía con las lecciones prácticas. Además de esto, el núcleo profesional de la fuerza armada poseía, en las escuelas militares, el *locus* donde la visión crítica sería, de aquí en adelante, elaborada y la experiencia transmitida a las nuevas generaciones de oficiales.

Desde nuestro punto de vista, es exagerado, si no enteramente erróneo, el peso que Nabuco atribuyó a la influencia del elemento platino sobre nuestra oficialidad, como elemento determinante de su posterior oposición a las instituciones del Imperio. Como agudo analista, Nabuco asoció la Guerra de la Triple Alianza a la emergencia de fuerzas que, asociadas o no, irían a contribuir decisivamente a la caída del Imperio: el abolicionismo, el republicanismo y la fuerza armada como actor político. Su visión, no obstante, está profundamente marcada, en cuanto monarquista que era y permaneció siendo, por la convicción de que la forma monárquica era nuestra única protección contra la fragmentación y la inestabilidad política que se verificaba en las repúblicas vecinas.

En otras palabras, si la virtud del análisis de Nabuco está en asociar la guerra a las fuerzas que irían a actuar decisivamente en la caída de la monarquía, estableciendo una periodización que se tornó clásica, la fragilidad, no obstante está en exagerar la visión de la crisis como fruto de la influencia externa, oscureciendo el entendimiento de sus raíces internas. La afirmación que el desarrollo de la República Argentina pudiese provocar fascinación sobre las fuerzas brasileñas que allí combatieron, peca también por el anacronismo. Es improbable que el cuadro, ya militar, ya político, presentado por la Argentina a lo largo de la guerra, fuese un modelo a impresionar favorablemente a los militares brasileños. Al contrario, la república vecina se vio, durante todo el conflicto recortada por disensos internos que debilitaban su posición militar en la alianza y generaron el retiro del presidente Mitre del comando de las operaciones militares. No era más prometedor el cuadro presentado por su ejército, en gran parte miliciano, sufriendo desercciones frecuentes, que a veces alcanzaba a cuerpos enteros.

Tampoco parece verosímil la hipótesis de la "contaminación" de la oficialidad de línea por el "espíritu paisano", sea en la forma de promoción de la indisciplina, como quiso Nabuco, o en la forma más elaborada que fue desarrollada por Nelson Werneck Sodré —la de la apertura del ejército a las contradicciones presentes en la sociedad por la incorporación de los más diversos segmentos de la tropa, particularmente los libertos—. Los puntos destacados por Nelson Werneck Sodré —la heterogeneidad de la tropa y la

incorporación de libertos— son fundamentales, pero adquieren toda su dimensión cuando son ponderados por la inserción específica de los oficiales profesionales en la guerra y la perspectiva que esa inserción posibilitaba. La heterogeneidad era, en efecto, profunda. Es importante citar, entretanto, que ella no era sólo, ni principalmente, la de la participación de varios segmentos sociales en el ejército, con mayor presencia para los más pobres. Esta siempre fue la composición mayoritaria de la tropa sin que ese factor llevase al ejército a solidarizarse con las capas más sufridas de la población. La heterogeneidad más importante aquí es la de la forma diferenciada cómo esos segmentos participaban de la guerra, tanto en derechos (o privilegios) como en deberes: los más desprotegidos y los libertos, incorporados a la línea, los otros, a través de diferentes mecanismos clientelísticos, como la Guardia Nacional o los Voluntarios de la Patria, recibiendo privilegios que eran negados a la fuerza profesional.

Es verdad que la dinámica de la guerra, principalmente a partir de la ofensiva estratégica y del comando de Caxias, amalgamó estos cuerpos, aumentándoles eficiencia y consolidando la precedencia de la línea sobre las formaciones irregulares. Por otro lado, no era difícil para la oficialidad profesional percibir que las estrategias de las elites civiles para enfrentar el desafío construyendo improvisadamente cuerpos de combatientes no constituían el modelo para fortalecer al ejército como institución. La creación de cuerpos especiales de voluntarios, el destacamento de guardias nacionales con privilegios especiales, la intensificación del reclutamiento, eran medidas que expresaban la debilidad del poder central en movilizar a los ciudadanos y los varios niveles de transacción entre ese poder y las fuerzas regionales y locales necesarias para proveer efectivos. Aunque promoviesen, a través de enormes dificultades, un número de combatientes suficiente para alcanzar la victoria, esas medidas no eran modelo para, después de la guerra, contribuir a solucionar el problema estructural de reclutamiento que continuaría perjudicando al ejército. No era ése el objetivo de las elites civiles. Esto se tornó evidente, ya al fin de la guerra, cuando los efectivos fueron reducidos a números inferiores a los de 1865. A lo largo de las décadas de 1870 y 1880, ellos decrecerían todavía más, al mismo tiempo que se frustraban los esfuerzos en el sentido de implementar el servicio militar obligatorio.

Las raíces de la oposición militar a las instituciones del Imperio a partir de la guerra penetraban en el orden esclavista y en los obstáculos que éste imponía a la construcción de un ejército de carácter nacional. En este sentido, tiene razón Nelson Werneck Sodré en apuntar a la esclavitud como elemento central de la oposición del Ejército a las instituciones del Imperio y la militancia abolicionista como forma principal de politización de las fuerzas armadas en los años que siguieron a la guerra, haciendo del episodio Sena Madureira el sostén de la Cuestión Militar en los años 80.<sup>30</sup> Ella debe, además, ser ponderada a partir de la forma específica cómo la institución esclavista

---

30. Sodré, *A História...*, pp. 143-153.

repercutía sobre la oficialidad de la fuerza profesional, bajo pena de mistificar, como hace el autor, el sentimiento abolicionista del ejército a partir de una reconciliación desarrollada en la guerra entre oficiales y libertos. No se desea, con esto, negar el impacto de esa experiencia en el desarrollo de sentimientos humanitarios en muchos oficiales, sino de apuntar a la dimensión estructural de la oposición que se volvió creciente, entre el ejército profesional y la esclavitud, a partir de la Guerra de la Triple Alianza.

Durante la guerra, la revelación de la esclavitud como la llaga secreta que carcomía las entrañas del estado imperial, llegaba a los militares de múltiples maneras. En primer lugar, porque era utilizada por el enemigo como arma capaz de desestabilizar al Imperio. Aunque fundamental, éste no era, durante la guerra, el punto más importante, porque las grandes concentraciones de esclavos estaban en regiones distantes de la zona de conflicto, lo que tornaba la amenaza de López de rebelar los esclavos brasileños como de difícil concretización. Permanece, además, el hecho que la esclavitud se revela como un elemento de vulnerabilidad estratégica, como cuestión que se extrapolaba de la esfera del poder privado para convertirse en una cuestión que afectaba la seguridad del estado y de la nación.

Más concretamente, la naturaleza de la guerra —el enfrentamiento con un ejército de conscripción universal— hacía resaltar la esclavitud como causa fundamental de la falta de preparación militar del Imperio y de la inferioridad de su ejército frente al del enemigo. Ella frustraba los esfuerzos de reclutamiento, no sólo porque no se podía armar a los esclavos, sino porque impedía la participación de un gran contingente de hombres libres, ocupados en mantener la disciplina en el interior de las haciendas, y también los de la Guardia Nacional, la fuerza oligárquica sostenedora del orden, particularmente refractaria en las provincias con gran concentración de esclavos, como Bahía, Minas Gerais y San Pablo. Es, por lo tanto, la contradicción entre el sistema esclavista y la existencia de un ejército profesional de carácter nacional lo que emerge en la conciencia de la oficialidad militar a partir de la Guerra de la Triple Alianza.

*Traducción del portugués: Alejandro Heredia  
Revisión técnica: Luis Sabini Fernández*

## RESUMEN

*Este trabajo procura discutir algunos aspectos de la relación entre la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay y la crisis del Imperio, particularmente en lo que se refiere a la intervención política de las fuerzas armadas. Al efecto se examinan distintas interpretaciones —existentes en la literatura especializada— de la relación entre la guerra y la politización e intervención crecientes de dichas fuerzas, así como su transformación estructural. El repaso de las mencionadas interpretaciones permite poner en primer plano algunos elementos de gran relevancia para entender la actuación*

*política de la oficialidad militar en la crisis del Imperio y, sobre todo, articular un esquema interpretativo capaz de entender la relación entre la guerra y la crisis del Imperio, iluminando, en particular, la especificidad de la inserción político-social de la institución armada. Asimismo, el trabajo procura clarificar el significado de la Guerra de la Triple Alianza en el interior de la historia militar del Imperio y del conflicto platino.*

#### ABSTRACT

*This paper attempts to discuss some aspects of the relationship between the War of the Triple Alliance against Paraguay and the Imperial crisis, particularly with regard to the political intervention by the armed forces. To this effect, a study was made of the various interpretations—to be found in the specialist literature—of the relationship between the war and the increasing politicization of and intervention by these forces, as well as the structural transformation thereof. The review of these interpretations makes it possible to highlight some extremely important aspects that will enable us to understand the political action of the military officers in the Imperial crisis and, above all, to articulate an interpretative pattern enabling us to understand the relationship between the war and that crisis, throwing light in particular on the specific nature of the armed forces' incorporation into political and social life. Likewise, the paper tries to clarify the significance of the War of the Triple Alliance within the Empire's military history and the River Plate conflict.*